

## EL “ESCÁNDALO DEL ACEITE”, LA DEGRADACIÓN MORAL Y LA GUERRA AL COMUNISMO EN LOS INICIOS DE LA GUERRA FRÍA. CHILE, 1946-1947 \*

THE COOKING OIL SCANDAL, MORAL DEGRADATION AND THE WAR AGAINST  
COMMUNISM AT THE BEGINNING OF COLD WAR. CHILE, 1946-1947

Jorge Rojas Flores\*\*.

### RESUMEN

En este artículo buscamos comprender la forma en que una denuncia en particular (el llamado “escándalo del aceite”) contra la inmoralidad y la corrupción se transformó en un arma de acción política, en el polarizado ambiente de posguerra en Chile, entre 1946 y 1947, cuando los comunistas participaron del gobierno de Gabriel González. La descalificación moral al adversario no fue el único tema de debate en esta época, pero logró captar la atención de la prensa, al poner en duda los verdaderos objetivos que perseguían los comunistas.

### ABSTRACT

In this article we study the way in which a particular complaint (the so-called “cooking oil affair”) against immorality and corruption became a weapon of political action, in the polarized post-war environment in Chile, between 1946 and 1947, when the communists participated in the government of Gabriel González. The moral disqualification of the adversary was not the only subject of debate at this time, but it managed to capture the attention of the press, by questioning the true objectives pursued by the Communists.

### PALABRAS CLAVE

Gabriel González Videla, escándalo, especulación, degradación moral.

### KEYWORDS

Gabriel González Videla, Cooking Oil Affair, speculation, moral degradation.

\* Este artículo es producto del proyecto Fondecyt Regular 1151302, “La experiencia comunista en el gobierno, 1946-1947. Tensiones y dilemas en los inicios de la Guerra Fría”

\*\* Doctor en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile. E-mail: jrojaso@uc.cl

## INTRODUCCIÓN

En tiempos de la Unidad Popular, cuando arreciaba una ácida polémica sobre las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP), a las que la oposición acusaba de manipular a la población por medio del hambre, se trajo a la memoria el “escándalo del aceite”, de los tiempos de González Videla. El senador Rafael Moreno recordó el caso, aludiendo al cobro que habrían efectuado varios comités de subsistencias controlados por comunistas, para poder conseguir vales que permitían adquirir aceite. La airada reacción del senador comunista Carlos Contreras Labarca no se hizo esperar, rompiendo su habitual calma. Contreras había conocido directamente los hechos, que acapararon varios días las páginas de la prensa, a fines de 1946 y comienzos de 1947. Las acusaciones no se limitaban a reprochar ciertos actos, sino que implicaban una manifestación de la degradación moral que se asociaba al comunismo. Todo esto contrastaba y ofendía la ética revolucionaria que venía construyendo el Partido Comunista durante varias décadas<sup>1</sup>. Poco después, Gabriel González Videla aludió al mismo episodio en sus *Memorias*, publicadas en 1975, como uno de los tantos abusos que habían justificado la expulsión de los comunistas del gabinete<sup>2</sup>.

La práctica de la descalificación moral no era nueva. En cierto sentido, su uso se puede remontar a tiempos inmemoriales. Sin embargo, fue una

herramienta especialmente utilizada en determinadas circunstancias, asociadas al debilitamiento de los controles institucionales, al predominio de ideas decadentistas y a ambientes de fuerte intolerancia. Los reproches morales, que podían afectar tanto a la clase dirigente como a otros grupos, implicaban acusaciones de enriquecimiento material, relajación en materia sexual, inclinación por los privilegios, el deshonor y el egoísmo extremo.

Desde fines del siglo XIX y con mayor fuerza en el XX, la prensa de masas incorporó, como uno de sus tópicos frecuentes, la divulgación de noticias sobre estos temas, lo que produjo un efecto amplificador. Además, las nuevas funciones del Estado aumentaron las esferas donde fue posible descubrir negociados y otro tipo de irregularidades. Durante el Frente Popular, fue tema de debate político, afectando principalmente a militantes radicales, democráticos y socialistas<sup>3</sup>. En la coyuntura de 1946-1947 fueron los comunistas quienes quedaron expuestos a estos cuestionamientos.

Un elemento característico del discurso anticomunista, presente incluso antes del triunfo de la Revolución Soviética, fue atribuirles a sus militantes una fuerte dosis de abyección o degradación moral. No era infrecuente que se les calificara de “hordas asesinas”. No solo se identificaron conductas específicas que pudieran ser consideradas inmorales, sino una inclinación colectiva a la vileza y la perversión moral,

1 *Boletín de sesiones, Senado*, 72ª sesión extraordinaria, 17 de enero de 1973, 2887-2890.

2 Gabriel González Videla, *Memorias*, t. 1. (Santiago: Editora Nacional Gabriela Mistral, 1975), 583-587

3 La revista *Topaze* hizo constantes referencias a estos escándalos durante la Segunda Guerra y también en los años siguientes.

producto de la ideología que profesaban o bien por rasgos de personalidad que los llevaban a adherir a esas ideas<sup>4</sup>.

La descalificación moral no se orientó solo contra los comunistas. No era infrecuente observar, en los años 40, que las discusiones en el Congreso y en la prensa pasaran con rapidez de los argumentos racionales a las acusaciones de engaño, traición, soplónaje, coerción, inmoralidad y robo. De esto no escaparon los sindicatos, las cooperativas, las sociedades mutuales y los municipios<sup>5</sup>.

En este artículo, buscamos conocer la peculiaridad que tuvieron las denuncias contra los comunistas en Chile, en particular aquellas acusaciones que les atribuían la ambición de obtener beneficios económicos a partir del control de la subsistencia (incluyendo la distribución de aceite) en tiempos de González Videla, y la forma en que se fue construyendo una estrategia de descalificación sustentada en la “bajeza” (vileza) o “perversión moral” propia de los comunistas.

Para alcanzar estos objetivos, revisamos prensa de la época, como *El Diario Ilustrado* (conservador), *La Opinión* (socialista independiente), *La Nación* (de gobierno) y *El Siglo* (comunista), considerando que en ese espacio mediático se manifestaron de un modo más continuo las

denuncias y las réplicas. Adicionalmente, para apreciar otros elementos de contexto, se revisarán publicaciones oficiales (como las sesiones del Congreso) y la legislación respectiva.

Como nuestro objeto de estudio se sitúa en una coyuntura bastante acotada, la necesidad de situarla adecuadamente nos obliga a pasar revista a procesos que aparentemente no están conectados, aunque en este caso resultan indispensables para llegar a comprender el ambiente que se creó en torno al “caso del aceite”. Por esta razón, en el primer capítulo comenzaremos con una contextualización que pone en evidencia las dinámicas económicas e institucionales que ayudan a explicar las nuevas funciones del Estado y el creciente desabastecimiento, y la forma en que esto se enfrentó con la llegada al poder de González Videla, apoyado por los comunistas, en un ambiente de creciente polarización. A continuación veremos de modo sintético el componente ético que se desató con el “escándalo del aceite”, poniendo atención al lugar que ocupaba la moral en la propia identidad comunista, así como los aspectos conflictivos de su práctica política. En la tercera parte, nos detendremos en el conflicto que surgió en torno a la distribución del aceite, así como las denuncias específicas que surgieron contra los comunistas. Finalmente, nos enfocaremos en la cara menos vistosa de

4 Para algunos, los comunistas proliferaban entre personas inadaptadas, manipulables, recelosas y propensas al odio social. Otros ponían más el acento en la capacidad moldeadora y perversa de la ideología que iban asimilando, la que diluía los códigos morales. Al respecto, véase Marcelo Casals Araya, *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la “campana del terror” de 1964* (Santiago: Lom Ediciones, 2016). Para el caso norteamericano, hay abundante historiografía que profundiza distintas dimensiones culturales de la Guerra Fría. Algunos ejemplos se pueden encontrar en los textos de Ron Robin, *The Making of the Cold War Enemy. Culture and Politics in the Military Intellectual Complex* (New Jersey: Princeton University Press, 2001); K.A. Cuordileone, *Manhood and American Political Culture in the Cold War* (New York & London: Routledge, 2005).

5 Sin intentar ser sistemático, en los años 40 hubo prensa especialmente inclinada a divulgar acusaciones de este tipo, como *La Opinión*, *El Imparcial* y *Las Noticias Gráficas*. También ocurrió con algunos periódicos locales, donde la rivalidad entre fuerzas políticas era predominante. Fue el caso de *Defensa obrera*, *socialista*, y *La Comuna*, *comunista*, ambos de Puente Alto.

este incidente, la que queda al descubierto cuando indagamos más allá de la prensa de trinchera.

## 1.- DESABASTECIMIENTO, CONTROL DE PRECIOS Y POLARIZACIÓN POLÍTICA

Las funciones del Estado se fueron ampliando notablemente a partir de los años 20, al incluir nuevas tareas como mediar en los conflictos sociales, intervenir en el plano económico (otorgando créditos, protegiendo la producción local por medio de aranceles), reforzar la identidad nacional, que se pensaba debilitada, y paliar, aunque fuera parcialmente, las necesidades de los sectores más desvalidos<sup>6</sup>.

Esto significó que la institucionalidad abrió nuevos escenarios donde comenzó a ser posible algún tipo de abuso, por parte de grupos organizados o personas inclinadas a buscar provecho individual. El acceso a divisas, subsidios, aranceles, precios preferenciales y también a cargos en la burocracia estatal fueron algunos aspectos sensibles, que dieron origen a denuncias, tanto en la prensa más seria, como también en la de trinchera. Incluso las revistas enfocadas en el humor político transformaron esto en un tema recurrente de comentarios<sup>7</sup>.

Esto no significa que antes, en pleno predominio del Estado liberal, no hayan

surgido denuncias en los espacios donde este actuaba. Por ejemplo, la policía fue objeto de fuertes cuestionamientos, por sus altos niveles de corrupción; también los negociados derivados de la especulación bursátil y las concesiones irregulares de tierras y yacimientos mineros; y la adjudicación de obras públicas, por citar algunos casos<sup>8</sup>.

La política de fijación de precios para asegurar así el abastecimiento de productos de primera necesidad se inició en 1932. El Comisariato General de Subsistencias y Precios fue la principal institución estatal dedicada a satisfacer el acceso de la población a los bienes de primera necesidad, aunque pronto comenzó a ser objeto de acusaciones que la hacían responsable de la situación vivida.

La administración de Arturo Alessandri introdujo algunas limitaciones a su atribución de fijar precios máximos, sin embargo, con la llegada del Frente Popular, en 1938, estas se ampliaron, manteniéndose en los sucesivos gobiernos radicales<sup>9</sup>. El estallido de la guerra en Europa reforzó las funciones del Estado, lo que se vio reflejado en la Ley Económica (7747, del 23 de diciembre de 1943). En esta época, hubo un fuerte control sobre el precio del pan, la harina, la leche, el aceite, el té, el azúcar y la yerba mate, entre muchos más de consumo directo, además de varios insumos industriales (cemento, clavos, etc.). Para fiscalizar el cumplimiento de

6 Mario Góngora, *Libertad política y concepto económico de gobierno en Chile hacia 1915-1935* (Historia 20, 1985) 11-46.

7 Una aproximación indirecta a este tema en Tomás Cornejo, “Una clase a medias. Las representaciones satíricas de los grupos medios en Topaze (1931-1970)”, en Historia 40/2 (Santiago 2007): 249-284.

8 Un balance al respecto en Gonzalo Vial Correa, *Historia de Chile (1891-1973), vol. II: Triunfo y decadencia de la oligarquía (1891-1920)* (Santiago: Santillana, 1983), 406-416.

9 Rodrigo Henríquez, *En “estado sólido”. Políticas y politización en la construcción estatal. Chile, 1920-1950* (Santiago: Eds. Universidad Católica de Chile, 2014).

estas medidas estaban los funcionarios del Comisariato, además de las juntas de vigilancia comunales. Las transgresiones eran reprimidas con multas, el decomiso de la mercadería y, en casos más graves, la requisición de la empresa<sup>10</sup>.

Para mantener precios accesibles al público, el Comisariato buscó eliminar la acción de los intermediarios, asumiendo en algunos casos el rol de distribuidor, a través de almacenes y mercados. Sin embargo, nunca contó con grandes recursos para llevar a cabo esta tarea, menos aún con espacio para el almacenamiento. Desde su origen, tuvo amplias atribuciones para adquirir y vender artículos de primera necesidad al público e intervenir en la producción de esos bienes, aunque pocas de ellas fueron empleadas<sup>11</sup>.

El sistema creado en 1932 no permaneció inalterado. Algunos ajustes se introdujeron debido a las críticas que circulaban por el excesivo poder de la institución. En las décadas siguientes, los distintos actores involucrados se fueron adaptando al sistema de fijación de precios, negociando las condiciones de las alzas y defendiendo sus márgenes de ganancias, en un equilibrio algo precario.

La llegada al poder de Gabriel González Videla agregó ingredientes adicionales a este escenario, que ya se mostraba complejo e inestable, debido a que la situación general de la economía tendió a desmejorar, por el creciente déficit fiscal, la ascendente inflación, las mayores restricciones al crédito internacional y el ambiente político cada vez más polarizado, que afectaba el funcionamiento institucional<sup>12</sup>.

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, la situación política se radicalizó rápidamente. El clima anticomunista volvió a brotar y las posibilidades de un gobierno amplio de izquierda en torno a un programa de reformas quedaron muy limitadas. A pesar de ello, en septiembre de 1946 triunfó la Alianza Democrática, encabezada por Gabriel González, quien asumió el gobierno en noviembre. En esta primera etapa, su sustento fue un débil pacto entre comunistas, radicales, una pequeña fracción socialista y otra democrática. A ellos se sumaron los liberales, quienes se integraron al primer gabinete sin estar comprometidos con el programa, lo que hizo aún más inestable el gobierno, ya que su presencia estuvo marcada por el propósito de vigilar y frenar las ambiciosas reformas contenidas en el Programa<sup>13</sup>.

10 Está última atribución, contemplada en el DL 520, de agosto de 1932, fue aplicada en tiempos de la Unidad Popular para incorporar empresas al Área de Propiedad Social.

11 Gregorio Talesnik Rabinovich, "Intervencionismo de Estado y control de precios por el mismo. Estudio especial del Comisariato General de Subsistencias y Precios", (Memoria de prueba, Universidad de Chile, 1940); Sergio Merino Jarpa, *El Comisariato y algunas de sus intervenciones* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1951).

12 Cristián Huneus, *La guerra fría Chilena. Gabriel González Videla y la Ley Maldita* (Santiago: Debate, 2009); Cristián Garay y Ángel Soto, *Gabriel González Videla, "No a los totalitarismos, ya sean rojos, pardo o amarillos"* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2013).

13 El programa triunfante incluía cambios para fortalecer la democracia (sustituyendo el sistema presidencialista por uno parlamentario), el reconocimiento de los derechos políticos, económicos, sociales y culturales del pueblo, la ampliación de los derechos de la mujer, la eliminación de las leyes represivas y una ley electoral que garantizara la limpieza de las elecciones. También se proponía crear un Consejo Económico y Social que elaborara un plan, con participación de trabajadores, empresarios y el Estado, y la aplicación de una política de control de precios y una lucha frontal contra la especulación, dejando la distribución de bienes de primera necesidad en manos del Estado. La propuesta de una mayor intervención estatal implicaba ampliar el acceso al crédito y garantizar el control de áreas estratégicas (seguros, petróleo, gas, etc.), así como fomentar la actividad industrial y agrícola. Sobre esto último se proyectaba una reforma agraria, que incorporara la subdivisión de los

Los temas más polémicos fueron las propuestas de reforma agraria y de sindicalización campesina, debido a los poderosos intereses que afectarían. Sin embargo, la derecha no se opuso a ellas de un modo directo. Al contrario, el mecanismo utilizado fue apoyar proyectos que parecían beneficiar a los campesinos, sin el riesgo de la agitación huelguística<sup>14</sup>.

Al igual como ocurrió décadas después durante el gobierno de la Unidad Popular, fueron las dificultades económicas que afectaban a la clase media y a los sectores populares las que comenzaron a generar un clima de desaprobación<sup>15</sup>. El principal problema, en este sentido, fue el aprovisionamiento de artículos de primera necesidad que escaseaban a los precios oficiales, algo que se arrastraba desde los gobiernos anteriores. Recordemos que, como solución, el programa de la Alianza proponía una acción decidida contra los culpables del comercio ilegal.

El gobierno y sus partidarios entendían que la fijación de precios máximos y los esfuerzos por garantizar la distribución racionada de los bienes que escaseaban no atacaban el origen de la situación. Por ello, en distintos momentos explicaron la necesidad de aumentar la producción, modernizar el campo, resolver el tema de las divisas, regular el acceso al crédito

y reducir el poder de los monopolios, para así atacar los factores de orden más estructural. Sin embargo, en parte porque el margen de acción era estrecho (el gobierno no tenía mayoría en el Congreso), las necesidades inmediatas coparon la agenda del gobierno, predominando las acusaciones de sabotaje y conspiración.

Para los comunistas en particular, el enemigo era el imperialismo y sus aliados locales, enquistados en la prensa opositora (*La Opinión, El Imparcial, El Diario Ilustrado y El Mercurio*), en el Ejército (los seguidores de Ariosto Herrera y Jorge Berguño), en Carabineros (el director general Eduardo Maldonado) y dentro de la administración civil del Estado, donde se refugiaban los herederos del gobierno del Tercer Frente de Alfredo Duhalde, como la Dirección del Trabajo (Héctor Escríbar) y Ferrocarriles del Estado.

En este ambiente, las dificultades de abastecimiento eran interpretadas, en parte, como consecuencia de un plan concertado. Por ello, el nuevo gobierno lanzó fuertes amenazas a los productores de leche, los agricultores y los panificadores, advirtiéndoles de drásticas medidas en caso de sabotaje a la producción y especulación de precios. Varios cientos de panaderías fueron clausuradas y multadas por infringir el peso y el precio oficial,

---

latifundios y tierras baldías y su distribución entre sus trabajadores. La política social consideraba la ampliación de derechos laborales (indemnización por años de servicio, asignación familiar, salario vital, sindicalización obligatoria), incluida la organización de los trabajadores agrícolas, además de un plan nacional de construcción de viviendas. En cuanto a la política educacional y cultural, la Alianza Democrática proponía la ampliación de la escolaridad obligatoria, un plan de alfabetización y la difusión popular del arte, las ciencias y las letras. Ricardo Fonseca, *Plan inmediato de gobierno del Partido Comunista* (Santiago: Partido Comunista de Chile, 1946).

14 Nicolás Acevedo, “Un fantasma recorre el campo: Anticomunismo, sindicalización campesina y Ley de Defensa Permanente de la Democracia (Chile, 1946-1948)”, en *Cuadernos de Historia* 42 (Santiago 2015), 127-151.

15 Durante el gobierno de Allende, fueron el desabastecimiento y la polémica reforma educacional (ENU) los ejes que canalizaron el descontento expresado en las calles. J. P. Farrell, *The National Unified School in Allende's Chile. The Role of Education in the Destruction of a Revolution* (Vancouver: University of British Columbia Press, 1986). Margaret Power, *La mujer de derecha. El poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973* (Santiago: DIBAM, 2008).

y en casos de reincidencia sus propietarios fueron encarcelados. Reforzando el trasfondo político de la denuncia, la prensa comunista resaltó que se trataba de españoles franquistas<sup>16</sup>.

Las iniciativas del gobierno no se limitaron a aplicar medidas punitivas. Para eliminar los intermediarios, una de las fuentes del alza de precios, se utilizaron “almacenes reguladores”, que vendían directamente los productos distribuidos por el Comisariato. Sin embargo, tempranamente se denunció que no daban abasto y vendían al público sin un criterio claro<sup>17</sup>. Otra fórmula fue el “mercado modelo”, como el que se reacondicionó sobre la base de un antiguo regimiento y que pasó a denominarse Juan Antonio Ríos, inaugurado oficialmente en marzo de 1947, aunque ya desde antes estaba en funcionamiento<sup>18</sup>. También se debatió la creación de una Central de Compras del Estado, que pudiera adquirir a bajos precios a los productores, para distribuirlos entre los comerciantes detallistas, propuesta que finalmente no llegó a realizarse.

El sistema de control de precios generaba diversas polémicas. Una surgía de la determinación del precio máximo a un valor que permitiera un margen de utilidad para los empresarios. La Ley 7747, de 1943, fijaba un 15% (arts. 9-17).

Las críticas no se limitaron a esa polémica función. En marzo de 1947, la prensa de derecha llegó a plantear que el Comisariato, lejos de disminuir el precio de los productos, los aumentaba, a través del cobro de contribuciones en la aduana a productos que eran de libre comercio o bien aquellos que estaban bajo su control, recargando los derechos aduaneros. Además, según la misma denuncia, los inspectores impedían que los comerciantes fijaran un precio menor<sup>19</sup>. La Cámara de Comercio también protestó por este cobro de comisiones. Aunque reconocía que el problema había surgido años antes, argumentaba que por entonces se había logrado un “convenio de caballeros” para congelar la situación y no involucrar otros productos. El nuevo gobierno no habría respetado ese acuerdo<sup>20</sup>.

También se criticó a los inspectores, quienes a veces multaban de forma indiscriminada. El Comisariato cuestionó la validez de estas denuncias, poco precisas como para iniciar una investigación, y sospechosamente similares, lo que hacía suponer cierto interés en desprestigiar a la institución<sup>21</sup>. Aunque, en general las denuncias provenían de la oposición, los comunistas también lanzaron cuestionamientos a la acción de algunos funcionarios del Comisariato, quienes no fiscalizaban realmente o bien solicitaban “comisiones” (es decir, coimas) para facilitar el procedimiento<sup>22</sup>.

16 *El Siglo*, Santiago, 26 de noviembre de 1946, p. 5.

17 *Ibid.*, 6 de noviembre de 1946, p. 5.

18 *En Viaje*, N°153, julio/1946, 68-69; *La Nación*, 7 de marzo de 1947.

19 *El Diario Ilustrado*, Santiago, 19 de marzo de 1947, 3.

20 *Ibid.*, Santiago, 16 de marzo de 1947, 1. Recién en octubre de 1947 se prohibió al Comisariato la percepción de comisiones, prestaciones o multas que constituyeran un impuesto o tributo no establecido por ley. Ley 8918, de 31 de octubre de 1947, art. 25. Merino, *El Comisariato y algunas de sus...*, 378.

21 *El Mercurio*, Santiago, 2 de marzo de 1947; *El Diario Ilustrado*, Santiago, 19 y 21 de marzo de 1947.

22 *El Siglo*, Santiago, 25 de diciembre de 1946, 10; 30 de marzo de 1947, 16.

Otro flanco de ataque surgió por la acción de una organización de consumidores que se relacionó estrechamente con el Comisariato. Creada a fines de 1945, la Central Nacional de Defensa de los Consumidores, CENADECO, fue una iniciativa de varias organizaciones sindicales, mutualistas, femeninas y de jubilados<sup>23</sup>. En enero de 1946 organizó un comicio público bastante exitoso y lanzó un manifiesto que llamaba a una lucha frontal contra la especulación, a través de diversas iniciativas, incluida la acción de inspectores ad honorem<sup>24</sup>. En esta etapa inicial, la composición política de la organización era variada, con dirigentes de militancia radical, comunista y socialista, cuando menos, además de independientes. Entre los comunistas destacaba Luis Sandoval, dirigente de la CTCH, como secretario general de CENADECO. Es posible que la pugna socialista-comunista, profundizada desde enero de 1946, haya alejado a los socialistas de ella. Con la llegada al gobierno de González Videla, a fines de 1946, la oposición comenzó a cuestionar su política de abastecimiento y la persecución a los especuladores. Por ejemplo, acogían el reclamo de los dueños de panaderías, quienes se sentían víctimas del desabastecimiento de harina. En enero, *El Diario Ilustrado* propiciaba el Frente Nacional de las Subsistencias (FENASU), que se decía independiente del Partido

Comunista. Sus dirigentes lamentaban que el presidente González hubiera sido declarado miembro de CENADECO, una organización “fantasma”, sin representatividad. En todo caso, se reconocía su presencia en distintos lugares, a través de “comités de barrios”, movilizados a favor del gobierno<sup>25</sup>. Al parecer, su presencia era real en varias comunas urbanas, producto de los intensos llamados de los comunistas a constituir organizaciones de base<sup>26</sup>. El nombramiento de Sandoval como jefe del Departamento de Abastecimientos del Comisariato estrechó la relación entre CENADECO y el gobierno<sup>27</sup>.

Los comerciantes minoristas no tuvieron una postura homogénea frente a las políticas de abastecimiento y de control de precios aplicadas por el gobierno, así como las iniciativas de los propios consumidores. La Cámara de Comercio Minorista se dividió en torno al tema. El grupo liderado por Galvarino Rivera criticó desde temprano a CENADECO, por estar controlada por comunistas. Sin embargo, este sector no se mostró contrario a regular la distribución. De hecho, ponía como ejemplo el sistema que antes se había aplicado para racionar la distribución de azúcar a través de los comerciantes minoristas<sup>28</sup>. Rivera había tenido un papel muy activo en el anterior gobierno, lo que le ganó el calificativo de “el dictador de los artículos de primera

23 A la primera reunión constitutiva asistieron representantes de la Confederación de Trabajadores de Chile, la Asociación de Empleados Fiscales (ANEF), la Federación de Empleados Particulares (FIEP), la Confederación Mutualista de Chile, la Federación de Instituciones de Mujeres de Chile, la Federación de Empleados Bancarios y la Federación de Jubilados por ley 4054, entre otras. ANEF, N°3, 27 de diciembre de 1945, 1.

24 ANEF, N°4, 23 de enero de 1946, 1.

25 *El Diario Ilustrado*, Santiago, 22 de enero de 1947, 5; 25 de enero de 1947, 5; 4 de marzo de 1947, 1.

26 *El Siglo*, Santiago, 13 de marzo de 1947, 3.

27 *El Siglo*, Santiago, 15 de noviembre de 1946, 1.

28 *El Diario Ilustrado*, Santiago, 23 de noviembre de 1946, 1.

necesidad”, en la prensa comunista<sup>29</sup>. Su gestión era objeto de acusaciones de fraude, por la central de compras que administraba. También fue asociado a un movimiento desestabilizador contra el gobierno, de vastas proporciones, en el que participaban grupos civiles y armados<sup>30</sup>. Sus contactos con el comisario Exequiel Jiménez, en pugna con su subalterno, el comunista Luis Sandoval, también provocaron recriminaciones por parte de los comunistas. En febrero titulaba: “Especulador Galvarino Rivera tiene las puertas abiertas en el Comisariato”<sup>31</sup>.

Con el paso del tiempo, la Cámara de Comercio Minorista liderada por Rivera fue variando su posición inicial. Sus dirigentes adoptaron una posición más hostil, pidiendo la disolución del Comisariato y oponiéndose al proyecto de gobierno que consideraba otorgarle mayores atribuciones. Su propuesta era liberalizar el comercio, como había ocurrido en Estados Unidos, tras el fin de la guerra<sup>32</sup>. Posiblemente la pérdida de influencia en el gobierno influyó en este giro.

Al interior de la Cámara el sector opuesto a Rivera se mostró cercano a las autoridades y creó un Comité Depurador, concentrando sus críticas en torno a la actuación de su presidente. Varias denuncias se enfocaban en el manejo económico que este habría hecho de la organización, obteniendo con ello ganan-

cias personales<sup>33</sup>. Como se puede apreciar, casi invariablemente el debate estratégico quedaba reducido a (o se traducía en) una descalificación personal.

Aunque hubo voces en la oposición que se manifestaron contrarias al control de precios, en general estas se limitaron a cuestionar los excesos de la regulación, sin plantear un modelo distinto ni contradecir el programa de acción inmediata del gobierno en esta materia<sup>34</sup>. Es decir, no hubo un debate público sobre la pertinencia o no de las regulaciones. Más bien, las críticas surgieron en torno a las acciones efectivas que el gobierno, y en particular los comunistas, emprendían para afrontar el desabastecimiento y las intenciones que había detrás de ellas.

Esto derivó en que la confrontación política se desviara en otras direcciones, donde el componente subjetivo jugó un papel central, a través de la descalificación moral. Ya no importaba tanto lo que cada cual proponía realizar para enfrentar los problemas pendientes, sino en lo que se sospechaba que estaba haciendo o llegaría a hacer.

Varios fueron los aspectos que pasaron a dominar el debate político a nivel mediático: la provisión de cargos, el control político de la burocracia estatal, la violencia callejera (desde pugilatos hasta asesinatos) y las acusaciones (penales y

29 *El Siglo*, Santiago, 27 de diciembre de 1946, p. 3

30 *Ibid.*, 16 de noviembre de 1946, 3; 25 de diciembre de 1946. La réplica de Rivera no se hizo esperar. *El Diario Ilustrado*, Santiago, 27 de diciembre de 1946, p. 1.

31 *El Siglo*, Santiago, 15 de febrero de 1947, p. 9; 16 de diciembre de 1946, p. 7; 15 de enero de 1947, p. 1.

32 *El Diario Ilustrado*, Santiago, 31 de marzo de 1947, p. 19.

33 *La Nación*, Santiago, 10 de enero de 1947, p. 10.

34 Fue el caso de *El Mercurio*, los partidos conservador y liberal y unos pocos empresarios. El liberalismo económico se hizo más intenso después, avanzada la década de 1950 y sobre todo en los años 60. Véase al respecto Ángel Soto, *El Mercurio y la difusión del pensamiento político económico liberal, 1955-1973* (Santiago: Instituto Libertad., 1993). En esta etapa, su posición fue más bien pragmática.

administrativas) referidas a actos de corrupción (o “negociados”) de las autoridades anteriores y las nuevas. En todos estos casos, las acusaciones no se dirigían a personas individuales, sino a sectores políticos que actuaban en representación de intereses de grupo, amparados por situaciones de poder. No se trataba, por tanto, de un tema de moral privada, sino de una ética pública, de valores inspirados por una determinada acción política.

## 2.- LA MORAL Y LAS PRÁCTICAS COMUNISTAS

La moral comunista en los años 40 era heredera de varios rasgos que se habían conformado a comienzos del siglo XX. Los estudios sobre el Partido Obrero Socialista, por ejemplo, han mostrado su tendencia al ascetismo, es decir, a la frugalidad y el sacrificio, con fuertes similitudes al modelo del apóstol en la cultura católica. La entrega sin límites a la causa revolucionaria no implicaba una renuncia a vida familiar, ya que el ideal comunista incluía la vida en pareja, de modo estable y monogámico, y un alto sentido de la responsabilidad familiar. Esto no implicaba necesariamente una formalización legal, sobre todo en la época en que el Estado era visto como un mecanismo ajeno y funcional a los intereses oligárquicos. El compañerismo y la valoración del colectivo arrastraban un

desprecio por el individualismo, resabio de la moral burguesa<sup>35</sup>.

El cultivo del cuerpo y la vida sana, así como el rechazo a los vicios del alcoholismo y las apuestas, y una alta valoración de la razón, la educación y en general los ideales de la modernidad ilustrada, eran visibles en las publicaciones comunistas. La moral comunista compartía algunos rasgos de la ética anarquista (o de algunas de sus vertientes), aunque en otras se distanciaba<sup>36</sup>. De hecho, algunas similitudes provenían de la época en que las fronteras no eran claras.

Aunque estos temas han sido estudiados, hay menos investigaciones dedicadas a profundizar en las formas específicas en que esto se plasmó en la experiencia militante. Esto implicaría apreciar las diferencias en la apropiación de estos ideales, por parte de quienes integraban la organización: hombres y mujeres, de distintas edades, estudios, costumbres, oficios, extracción social y funciones partidarias. En ese nivel de análisis, podríamos apreciar, como lo ha hecho Alfonso Salgado, las particulares formas en que se vivieron estos ideales, de acuerdo al contexto y las experiencias de vida<sup>37</sup>. Aunque el apego a la moral comunista parecía privilegiar ciertas conductas, no siempre eso se cumplía y el margen de tolerancia no era menor. En todo caso, a nivel simbólico, la ética

35 Isabel Torres Dujisin, *El imaginario de las elites y los sectores populares. 1919-1922* (Santiago: Editorial Universitaria, 2010); Salvador Delgadillo, “Educación y formación en el discurso obrero chileno (la Federación Obrera de Chile 1920-1925)”, (Tesis para optar al Grado de Licenciado en Humanidades con mención en Historia, Universidad de Chile, 1992).

36 Entre muchos títulos, destacamos el texto de Eduardo Godoy, “Lucha temperante y ‘amor libre’. Entre lo prometeico y lo dionisiaco: El discurso moral de los anarquistas chilenos al despuntar el siglo XX”, en *Cuadernos de Historia* 34 (Santiago 2011): 127-154.

37 Alfonso Salgado, “Exemplary Comrades: The Public and Private Life of Communists in Twentieth-Century Chile”, (Thesis, Doctor of Philosophy, Columbia University, 2016).

era un componente central en la definición del comunista y cuando surgía una disidencia o una expulsión, la batería de descalificaciones sobre el afectado incluía irremediamente este componente: la degeneración moral y la vida licenciosa no era más que la otra cara de la desviación política y la traición<sup>38</sup>.

A partir de la década de 1930, los militantes comunistas comenzaron a observar un perfil bastante heterogéneo, lo que se acentuó en la década siguiente. La revista *Topaze* reconocía diferentes tipos de comunistas, de modo caricaturesco, pero muy ilustrativos. Estaba el prestigioso abogado Jorge Jiles, de holgada situación económica, de élite, y en el otro extremo, el “roto subversivo”; los “teorizantes” sentían el marxismo con gran mística; también había comunistas que lo eran “por snobismo”, mientras para otros, “por agriamiento, por mero instinto de destrucción, de pelea, de revancha”<sup>39</sup>. *Estanquero* mostraba otro contrapunto: al impulsivo Fonseca se podía contraponer el cauto y fecundo Contreras Labarca<sup>40</sup>.

Los grupos en posiciones anticomunistas, tanto de derecha como de izquierda, construyeron una imagen muy distinta del militante, donde se combinaban fines instrumentales, o pedagógicos, para así alertar a la población, y una real convicción de la amenaza, como aclara Casals. Aunque en muchos casos es posible detectar rasgos que nos puedan parecer caricaturescos, y,

por lo mismo, poco creíbles, no podemos partir desconfiando de las reales intenciones detrás de estos juicios<sup>41</sup>.

En el contexto de 1946 y 1947, el discurso anticomunista se enfocó en denunciar varias prácticas políticas del PC calificadas de reprochables, las que podemos resumir a partir de la prensa de la época y el debate parlamentario:

- Actuar como agitadores sociales, desarrollando un clima artificial de conflicto, que buscaba provocar problemas y desestabilizar al gobierno. Esto se habría reflejado en las huelgas campesinas y en las solicitudes de expropiación de fundos, además de las protestas urbanas por las alzas de precios y algunas huelgas de empleados y obreros. Todo esto se hacía aparentando lealtad al gobierno<sup>42</sup>.

- Frenar las demandas sociales, traicionando los intereses populares y de la clase obrera. Esta imputación provino de los socialistas y suponía una completa subordinación a los intereses del Partido y la Unión Soviética. Su ambición de poder los llevaba a no defender los intereses de la clase trabajadora.

- Actuar con sectarismo y matonaje, persiguiendo a todos los que no eran sus aliados, por medio de despidos, agresiones físicas y asesinatos. Se denunciaba la existencia de “milicias comunistas” o “tropas de asalto”, organizadas para atentar contra sus oponentes en poblaciones y sindicatos. Se trataba de personas intolerantes

38 Entre las acusaciones contra socialistas, que veremos más adelante, supuestamente estaban implicados varios ex comunistas, como Manuel Hidalgo y Humberto Mendoza.

39 *Topaze*, N°734, 11 de octubre de 1946 [7].

40 *Estanquero*, N°14, 19 de abril de 1947, 3.

41 Marcelo Casals Araya, *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la “campana del terror” de 1964* (Santiago: Lom Ediciones, 2016).

42 Jorge Rojas Flores, “Los comunistas en el gobierno de Gabriel González Videla, 1946-1947: estrategias de acción” (inédito).

y violentas, que buscaban imponer una dictadura totalitaria. Su modelo a seguir eran la policía secreta soviética (la “Cheka”) y los grupos de choque en la España republicana (“Brigadas del amanecer”)<sup>43</sup>.

- Subordinar el interés nacional al de la Unión Soviética. Los grupos anticomunistas de derecha y de izquierda resaltaron la filiación del PC a organismos internacionales e interpretaron cada uno de sus actos como una manifestación de servilismo<sup>44</sup>.

- Debilitar y eventualmente eliminar la influencia de la Iglesia Católica. El clima internacional ayudó a generar estos temores, sobre todo a consecuencia de los conflictos en Hungría y Polonia. En Chile, no eran nuevos los enfrentamientos verbales con algunos sacerdotes reconocidos por sus prédicas anticomunistas. Bajo el gobierno de González Videla las relaciones con el Cardenal Caro fueron cordiales, incluso con las autoridades comunistas. Esto no evitó que surgieran denuncias por parte de los grupos más conservadores<sup>45</sup>.

- Monopolizar el aparato del Estado, tomando posición en la administración pública, con sus propios militantes y a través de criptocomunistas, es decir, de forma encubierta, secreta o camuflada<sup>46</sup>.

Su objetivo era demostrar efectividad y control de la situación, a la vez que desatar una creciente insatisfacción en la población que en algún momento llevaría a una profunda anarquía<sup>47</sup>. Este proceso de creciente infiltración se producía por medio de la influencia que daban los propios cargos, las promesas hacia la población y prebendas de todo tipo.

- Debilitar a los partidos aliados, infiltrándolos o provocando su división, para así transformarse en el partido hegemónico de la izquierda. Esto se había alentado a partir de la idea de crear un Partido Único. La integración de militantes de otros partidos en sus filas fue vista como un ejemplo de esta estrategia<sup>48</sup>.

- Utilizar todo tipo de estrategias para alcanzar sus objetivos. Esto incluía engañar y mantener sometida a la población a través de sistemas de racionamiento de bienes de primera necesidad, que forzaba el apoyo a las organizaciones controladas por los comunistas. O bien obtener beneficios materiales a costa de la población, utilizando para ello su influencia en el gobierno.

Como se puede observar, muchas de estas recriminaciones al PC estaban

43 Sobre la acción de estos grupos de matones, véase la denuncia de un grupo supuestamente organizado por el diputado Juan Vargas Puebla. Integrado por matarifes, su misión era atacar a un dirigente obrero que se había opuesto a una huelga organizada por comunistas. *Estanquero* N°13, 5 de abril de 1947, 3-4. El propósito de exterminar a los oponentes por medio de asesinatos planificados fue denunciado, por ejemplo, por el senador Maximiano Errázuriz, *Boletín de sesiones, Senado*, 6ta sesión extraordinaria, 10 de diciembre de 1946, 246-247.

44 No solo seguía las directrices generadas en la URSS. También exaltaba su papel a través de organizaciones como el Instituto Chileno Soviético de Cultura, cuya membrecía era vista como una evidencia de militancia comunista por la revista *Estanquero*. Más detalles en Jorge Rojas Flores, “Los funcionarios comunistas en el gobierno” y “Los comunistas en el gobierno de Gabriel González Videla, 1946-1947: estrategias de acción” (inérito).

45 El concepto no era nuevo y la misma fórmula se había utilizado durante la Segunda Guerra para designar a personas que disimulaban su adhesión directa a una organización fascista.

46 *Estanquero*, N°8, 22 de febrero de 1947, 1.

47 En varios momentos el distanciamiento con el PS y los acercamientos con el pequeño Partido Socialista Unificado alentaron en el PC la idea de una fusión para constituir así el Partido Único de los Trabajadores. Véase *El Siglo*, Santiago, 28 de diciembre de 1946, p. 2; 29 de diciembre de 1946, p. 9; 30 de diciembre de 1946, p. 1; 3 de febrero de 1947, p. 1; 4 de febrero de 1947, p. 3.

sustentadas en acusaciones de “fanatismo”, haciendo referencia a la ausencia de “vallas morales” para alcanzar sus objetivos<sup>49</sup>. Aunque nuestro tema central no es el anticomunismo ni las múltiples formas en que este se expresaba, es importante tener presente que detrás de él se escondía una determinada visión de los valores que guiaban a los comunistas. Este marco de referencia parece haber influido en la forma en que se enjuiciaban sus acciones, como la que veremos a continuación.

### 3.- EL BULLADO CASO DEL ACEITE

La compleja situación de desabastecimiento fue enfrentada principalmente con las armas de la persecución legal y la denuncia política. La prensa cercana al gobierno, como *La Nación*, *Extra* y *El Siglo*, acusó a los comerciantes, en varios momentos, de especular de un modo planificado, a gran escala. Sus acciones no fueron consideradas una simple consecuencia de su mentalidad mercantil, volcada a obtener ganancias fáciles, producto de la codicia empresarial. La especulación fue entendida como un acción antipatriótica, contraria a los intereses nacionales y abiertamente desestabilizadora y de inspiración conspirativa.

De este modo, el discurso mediático que acompañó la fiscalización y la represión del delito adquirió un tono altamente virulento, más aún cuando varios de los acusados no expresaron disposición a acatar las resoluciones administrativas

y se acogieron a recursos judiciales. Los empresarios panificadores, en su mayoría de origen español, fueron el blanco predilecto de la campaña gubernamental, en parte porque estaban asociados a la carestía del pan, de importancia gravitante en el presupuesto familiar, y por la facilidad para aplicar sobre ellos medidas administrativas derivadas de su nacionalidad.

Las denuncias también se orientaron contras las propias autoridades que manejaban los mecanismos de distribución, en particular el Comisariato de Subsistencias y Precios. A la distancia es difícil poder apreciar la validez de las acusaciones, pero sí se puede constatar que había un claro interés por demostrar las bajas intenciones que movían a los comunistas en el poder y su ambición por controlar progresivamente el aparato estatal<sup>50</sup>. Aunque las críticas también arrastraban a los radicales, quienes eran calificados de simples marionetas de los intereses soviéticos, hubo cierto cuidado en concentrar la causa de los males en los verdaderos responsables.

Los casos más emblemáticos fueron los tres ministros de ese partido: Miguel Concha, de Agricultura, Víctor Contreras, de Tierras y Colonización, y Carlos Contreras, de Obras Públicas, aunque también tuvieron bastante protagonismo algunos intendentes (en particular René Frías) y gobernadores. Otro personaje clave fue Juan Chacón, encargado del Instituto de Economía Agrícola. A él se sumó Luis Sandoval, jefe del Departamento de

49 *Estanquero*, N°13, 12 de abril de 1947, p. 7.

50 Sobre este tema puede consultarse Jorge Rojas Flores, “Los funcionarios comunistas en el gobierno de González Videla, 1946-1947” (de próxima aparición en Cuadernos de Historia).

Abastecimiento del Comisariato de Subsistencias y Precios. Aunque la institución estaba en manos de Exequiel Jiménez, militante del Partido Democrático, el departamento dirigido por Sandoval era central dentro de la estructura operativa del Comisariato<sup>51</sup>.

Las denuncias por la distribución de aceite comenzaron a circular a fines de noviembre. Tras las aglomeraciones iniciales en los lugares de distribución, el Comisariato decidió entregar tarjetas de racionamiento, para ordenar la atención. Fue entonces cuando surgieron denuncias de reventa de las mencionadas tarjetas. *El diario La Opinión*, de propiedad del socialista Juan Bautista Rossetti, inició la embestida y responsabilizó directamente a los comunistas, lo que fue secundado por *El Diario Ilustrado*<sup>52</sup>. En los días siguientes, se mantuvieron las acusaciones sobre venta de cupones. Para darles sustento, se publicó una circular confidencial atribuida a un Comité Local del PC donde, entre las tareas planteadas, estaba la de crear juntas de vigilancia en los barrios, tomando control de sus directivas. También llamaba a “hacerle ambiente al compañero Sandoval”, quien tomaría medidas a favor del pueblo que serían resistidas por Jiménez<sup>53</sup>. El texto nada hablaba del cobro por las tarjetas.

CENADECO rechazó los cargos y emplazó a que *La Opinión* entregara

pruebas sobre la venta de tarjetas<sup>54</sup>. Las acusaciones y las correspondientes réplicas se mantuvieron durante varias semanas. *El Siglo* también cuestionó los casos planteados por el diario socialista y este insistió en sus acusaciones<sup>55</sup>.

El tema del aceite llegó al Congreso por esos mismos días y fue el diputado César Godoy, quien rechazó las imputaciones<sup>56</sup>. Poco después, el Intendente interino de Santiago, el radical Jorge Salamanca, ante las denuncias, inspeccionó los lugares de venta de aceite, acompañado de periodistas y dirigentes de CENA-DECO. Según el comunicado oficial, en los lugares visitados no se había detectado venta de tarjetas y todo se desarrollaba en forma normal. La prensa pudo constatar que no había irregularidades, aunque *El Diario Ilustrado* agregó una nueva crítica: no correspondía que la distribución quedara en manos de comités de vecinos, siendo que este era un deber del propio Comisariato<sup>57</sup>. En las semanas siguientes, la prensa conservadora prosiguió con sus acusaciones, focalizándose en otros casos.

A raíz de uno de ellos, un comité comunal de subsistencias, compuesto en su mayoría por mujeres, visitó las oficinas de *El Diario Ilustrado*, rechazando la imputación de ser un instrumento comunista. El encargado compraba aceite al por mayor, pero alegaba que en ello no había nada irregular. Por su parte, la venta de tarjetas

51 *El Diario Ilustrado*, Santiago, 24 de noviembre de 1946, p. 2.

52 *La Opinión*, Santiago, 22 de noviembre de 1946, 1 y 8; *El Diario Ilustrado*, Santiago, 22 de noviembre de 1946, 1 y 6

53 *El Diario Ilustrado*, Santiago, 24 de noviembre de 1946, 4.

54 *El Siglo*, Santiago, 24 de noviembre de 1946, 11.

55 *ibid.*, 8 de diciembre de 1946, p. 1; 9 de diciembre de 1946, p. 1 y 5; *La Opinión*, Santiago, 8 de diciembre de 1946, p. 1.

56 *Boletín de sesiones*, Cámara de Diputados, 26 de noviembre de 1946, p. 160.

57 *El Diario Ilustrado*, Santiago, 29 de noviembre de 1946, 1; 30 de noviembre de 1946, p. 5.

sólo había tenido por objetivo organizar el comité e imprimir la propaganda. Si había comités que no pedían cuota, se debía a que contaban con recursos. En esa comuna ya se habían inscrito 4.800 dueñas de casa y los resultados eran buenos, ya que se habían eliminado las largas filas. Las mujeres no deseaban ser calificadas de comunistas porque no lo eran ni deseaban serlo<sup>58</sup>.

No obstante estas aclaraciones, *El Diario Ilustrado* siguió denunciado la “especulación de los comunistas”, que habría consistido en la entrega, por parte del jefe del Departamento de Abastecimiento, de 20 tambores diarios “a los comunistas” reunidos en CENADECO, el que era vendido a través de tarjetas de racionamiento, con un recargo<sup>59</sup>.

Este mismo diario relató un incidente en la comuna de Conchalí, que habría terminado con el asalto al local de CENADECO y la distribución gratuita del aceite que allí se almacenaba, sin tener que pagar por la tarjeta. La crónica expresaba el claro beneplácito de los conservadores por acciones de este tipo, que venían a demostrar el espontáneo rechazo popular al “totalitarismo rojo”<sup>60</sup>.

La CTCH dirigida por el socialista Bernardo Ibáñez se sumó a las denuncias. No solo se hacían “abusivos recargos”, sino que también se presionaba a la población para mantenerla controlada. De esta acción

no se culpaba al director del Comisariato, Exequiel Jiménez, de “reconocida honradez”, sino al funcionario comunista que estaba a cargo del abastecimiento<sup>61</sup>.

Como hemos visto, la Cámara de Comercio Minorista se integró tempranamente a la campaña contra CENADECO. Galvarino Rivera, su presidente, fue muy activo en estas denuncias, lo que generó una dura réplica por parte de *El Siglo*. En enero, los dirigentes de la Cámara se entrevistaron con el Presidente de la República, acompañados del senador Marmaduke Grove. Para mostrar su aporte a la solución de los problemas de abastecimiento, le describieron la forma en que estaban organizando la distribución de té y aceite, sin provocar acaparamiento por parte de particulares ni aglomeración, como ocurría con las iniciativas de CENADECO. Además, le entregaron una lista de personas afectadas por los comunistas<sup>62</sup>.

*El Diario Ilustrado* mantuvo su campaña anticomunista y CENADECO siguió siendo objeto de sus ataques. Por ejemplo, en marzo dio a conocer una nueva “martingala” comunista, esta vez en la Octava Comuna, donde, según la denuncia, se seguía cobrando por el acceso al aceite, aunque ya no bajo el expediente de la tarjeta, sino a través de la venta de *El Consumidor*, periódico comunal de los subcomités de consumidores, adheridos

58 *El Diario Ilustrado*, Santiago, 15 de enero de 1947, p. 4.

59 *Ibid.*, 22 de enero de 1947, p. 5.

60 *Ibid.*, Santiago, 14 de marzo de 1947, p. 1.

61 *Ibid.*, Santiago, 18 de enero de 1947, p. 10.

62 *Ibid.*, Santiago, 17 de enero de 1947, p. 6.

a la CENADECO. Por más que esta publicación hacía un llamado a denunciar a quienes comercializaran tarjetas, la venta del periódico era interpretada como una nueva extorsión comunista que buscaba presionar a los pobladores de la comuna<sup>63</sup>.

Por entonces, el problema del aceite comenzó a diluirse. Al parecer, la llegada de aceite argentino alivió algo la situación. En marzo el gobierno decretó la venta libre, en parte, porque el abastecimiento se había regularizado. Otros bienes de primera necesidad, como el pan, siguieron expuestos a restricciones y se empezó a proponer un alza en su precio, abriendo un nuevo flanco de conflictos.

La renuncia de todos los funcionarios comunistas, en agosto, dio inicio a una nueva etapa. Ya no se habló más del peligro de su infiltración en los organismos de Estado y tampoco de los abusos que habría cometido al manipular las necesidades y las expectativas de la población. El tema central pasó a ser su estrategia conspirativa para provocar la caída del gobierno. Aunque los tópicos cambiaron, el sustrato moral de gran parte de las denuncias se mantuvo.

#### 4.- DE LA DESCALIFICACIÓN A LA MODERACIÓN Y EL PRAGMATISMO

Seguir un conflicto como el del aceite a través de la prensa puede llevar a exagerar las reales dimensiones de la tensión. La prensa, en esta época, cumplía una función extraordinariamente militante, incluso por sobre la diferenciación entre prensa seria y de trinchera, que en determinadas coyunturas no opera con tanta claridad.

Esto no implica que los periódicos deban ser desechados como documento histórico, pero siempre deben ser utilizados evaluando su potencial y sus limitaciones, en cada contexto. En los años 40, y quizás desde antes, la función informativa de la prensa moderna quedó bastante limitada, en parte porque se extendió el uso del sensacionalismo informativo como técnica comercial para aumentar el tiraje. Esto exaltó la explotación mediática de situaciones que podían revestir el carácter de escándalo. El crispado ambiente político también colaboró en este sentido, generando acusaciones con escaso sustento<sup>64</sup>. La prensa se dejó llevar con cierta facilidad por denuncias de este tipo, como el Plan Margarita en 1947<sup>65</sup> y la detección de atentados explosivos de dudoso origen<sup>66</sup>.

63 *El Diario Ilustrado*, Santiago, 14 de marzo de 1947, 1. Lamentablemente, la Biblioteca Nacional no conserva ejemplares de esta publicación. Su contenido lo conocemos parcialmente por las breves transcripciones que ofrece *El Diario Ilustrado*.

64 Esto fue observable también durante la Segunda Guerra, con abundantes denuncias de espionaje, algunas de las cuales no parecen haber sido fiables.

65 Un legajo supuestamente extraviado por descuido dio pie para que *El Eco del Huaco* hablara del Plan Margarita, destinado a ocupar la ciudad, el que era conservado por el alcalde Manuel Magalhaes. Todo parecía suponer que la amenaza era real y *Las Últimas Noticias* y *El Mercurio* dieron tribuna al sensacional descubrimiento a comienzos de julio de 1947. Véase Rojas, “Los comunistas en el gobierno...”

66 Un documento confidencial de la CIA planteó sus sospechas, en 1949, de que el diario *La Opinión* estuviera detrás de la instalación de explosivos en Radio Nuevo Mundo, ambos de propiedad de J. B. Rossetti. El propósito habría sido exacerbar el sentimiento anticomunista y así aumentar la convocatoria a una actividad electoral. Jorge Rojas Flores, “Los comunistas en la oposición a Gabriel González Videla, 1947-1952: estrategias de acción” (inédito).

Las imputaciones contra los comunistas en torno a la distribución del aceite provocaron una fuerte respuesta de estos, en similares términos. Sus acusaciones por actos moralmente reprochables, de carácter delictual, estuvieron especialmente dirigidas a los militantes socialistas que habían defendido la estrategia del “Tercer Frente”. Varios de ellos fueron acusados de robo, “pillaje”, negociados, despidos arbitrarios, matonaje, asesinatos y sedición, en su mayor parte cometidos durante el gobierno de Alfredo Duhalde, cuando alcanzaron altos cargos. Los casos particulares de corrupción se referían al control de divisas en el Consejo Nacional de Comercio Exterior<sup>67</sup>, el *Affaire* del Azúcar<sup>68</sup>, el negociado de la harina<sup>69</sup>, la quiebra de la Empresa Nacional del Transporte<sup>70</sup>, los Altos Hornos de Corral<sup>71</sup> y la Comisión de Control de los Bienes del Eje<sup>72</sup>. En cuanto a la persecución sindical, se aludía a los despidos masivos en la Fundación Libertad, Cemento El Melón y El Sauzal, así como la intervención de sus sindicatos, controlados por comunistas, con complicidad de la Dirección del Trabajo y el ministro Lisandro Cruz Ponce, también durante el gobierno de Duhalde<sup>73</sup>. Las acciones sediciosas, por su parte, se habrían producido bajo la administración de González Videla, a través de intentos de agitación huelguística<sup>74</sup>.

Las palabras del senador comunista Guillermo Guevara, contra el trotskismo, son ilustrativas de la forma en que el PC calificaba a sus enemigos políticos. En este caso, se trataba de un enemigo “poderosísimo”, al cubrirse de ropaje revolucionario, que además había surgido de sus propias filas. Estando en verdad “al servicio de la confusión y del engaño” y siendo “lacayos” del imperialismo, se comportaban como “una banda sin principios ni doctrina”, “vulgares bandoleros del movimiento obrero”<sup>75</sup>.

La descalificación mutua por acciones consideradas inmorales se hizo frecuente en la prensa, pero no parece haber sido la única forma en que se definía al oponente. Detrás de esta querrela de recriminaciones hubo opiniones más ponderadas, aunque la prensa las tendía a omitir. En todo caso, a veces estos juicios se llegaban a filtrar. Por ejemplo, en un diario fuertemente anticomunista un artículo reconocía que, además de comunistas que vivían a expensas del obrero, había otros que eran idealistas, capaces de grandes sacrificios para lograr sus objetivos<sup>76</sup>.

En el caso de la visión que tenían los comunistas de sus oponentes también había espacio para la diferenciación

67 *El Siglo*, Santiago, Santiago, 3 de enero de 1947, p. 5; 5 de enero de 1947, p. 11; 13 de febrero de 1947, p. 8; 21 de febrero de 1947, p. 1; 22 de febrero de 1947, p. 8; 24 de febrero de 1947, p. 8; 25 de marzo de 1947, p. 8; 30 de marzo de 1947, p. 12 y 13.

68 *El Siglo*, Santiago, 18 de enero de 1947, p. 1; 19 de enero de 1947, p. 7; 28 de enero de 1947, p. 11; 8 de febrero de 1947, p. 4.

69 *Ibid.*, 16 de febrero de 1947, p. 7; 17 de febrero de 1947, p. 1.

70 *Ibid.*, 26 de febrero de 1947, 4; 28 de febrero de 1947, 1.

71 *Ibid.*, 31 de marzo de 1947, 5.

72 *Ibid.*, 10 de diciembre de 1946, 1; 8 de enero de 1947, 2.

73 Cristián Pozo, “Ocaso de la unidad obrera en Chile. Confrontación comunista-socialista y la división de la CTCH (1946-1947)”, (Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Universidad de Chile, 2013), 41-47.

74 La huelga de los empleados de la Beneficencia (que controlaba los hospitales), por ejemplo, fue calificada de sabotaje socialista. Véase, Rojas, “Los comunistas en el gobierno...”

75 *Boletín de Sesiones*, Senado, 7ª sesión extraordinaria, 11 de diciembre de 1946, 282.

76 *El Día*, Molina, 25 de enero de 1947.

y eventualmente el acuerdo, en ciertas circunstancias. Los socialcristianos, por ejemplo, no fueron descalificados como lo fue el ala conservadora más tradicionalista, a pesar de que Cruz Coke había sido la principal amenaza para el triunfo de González Videla. En cuanto a los trotskistas, su enfrentamiento con los comunistas se revitalizó durante los gobiernos de Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos, con fuertes declaraciones, cargadas de odiosidad mutua, a pesar de que la propia conformación del Frente Popular se había sustentado en negociaciones entre ambos sectores<sup>77</sup>. Esto se acentuó durante los meses en que los comunistas tuvieron participación en el gobierno de González Videla. Sin embargo, al iniciarse la persecución contra el PC, el pragmatismo se impuso, lo que hace sospechar el carácter instrumental de las descalificaciones. A fines de 1947, ya con relegados en Pisagua, los dirigentes comunistas no se negaron a establecer contactos con los socialistas trotskistas, incluidos ex militantes del PC, aunque siempre de forma sigilosa. El rechazo que produjo ese giro en algunos comunistas hace pensar que la retórica descalificadora del trotskismo surtió efecto y hubo un genuino convencimiento en algunos de ellos<sup>78</sup>. El funeral de Ricardo Fonseca, en julio de 1949, fue otro ejemplo de pragmatismo. Dirigentes abiertamente anticomunistas vieron la necesidad de dar señales de acercamiento, en esa coyuntura, y participaron en él. Los comunistas, por su parte, tuvieron gestos unitarios con

antiguos enemigos, sin ofrecer muchas explicaciones, pasando por alto sus antiguas querellas<sup>79</sup>.

En el Congreso también se puede seguir los matices que tuvo este enfrentamiento, en sus versiones más encendidas y emocionales, y también más moderadas y contenidas. Con ocasión de varios incidentes callejeros que culminaron en muertes, a fines de 1946, algunos parlamentarios se pronunciaron, entre ellos Salvador Allende, Maximiano Errázuriz, Salvador Ovando y Guillermo Guevara. Tras una serie de acusaciones sobre la responsabilidad que habrían tenido los comunistas en los hechos, que provocó una ácida respuesta de Guevara, Allende retomó la palabra, para aclarar su posición: “¿Podría yo decir que todos los comunistas son deshonestos porque algunos dirigentes sindicales comunistas han metido la mano y el codo en los fondos [sindicales] de los obreros? ¿Tendría yo derecho para insultar a toda una colectividad, como lo ha hecho en un acto irresponsable el Honorable señor Guevara? [...] Yo no me he hecho eco de los comentarios sobre el aceite, y jamás he pronunciado una frase ambigua para poner en duda la corrección y la honestidad aún de aquellos más implacables adversarios políticos”. Y cuando había lanzado cargos específicos, había precisado circunstancias y nombres. “Son peligrosas las palabras lanzadas al azar, las afirmaciones antojadizas. Ellas abren las grietas por donde el encono y la pasión se desbordan”<sup>80</sup>.

77 Así lo reconoce Juan Chacón. Al respecto, véase José Miguel Varas, *Chacón* (Santiago: Imprenta Horizonte, 1968), 105-106.

78 Mario Hermosilla le recriminó al Partido Comunista esta y otras actitudes, que le llevaron a abandonar sus filas. *La Nación*, Santiago, 8 de diciembre de 1948, p17. Según los informes confidenciales de la CIA, los acercamientos siguieron siendo alentados por el PC, tanto con trotskistas como con socialistas y grupos anarquistas. Rojas, “Los comunistas en la oposición...”

79 Jorge Rojas Flores, “El funeral de Fonseca: estrategias políticas en la ilegalidad comunista, julio de 1949” (inédito).

80 *Boletín de Sesiones*, Senado, 7ª sesión extraordinaria, 11 de diciembre de 1946, p. 287.

## CONCLUSIONES

La presencia de comunistas en el primer gabinete de Gabriel González fue resistida por varios sectores. Los temas más polémicos se relacionaban con algunos compromisos de campaña, como la Reforma Agraria y la sindicalización campesina. Sin embargo, estas propuestas no fueron utilizadas por la derecha para movilizar a la población contra ellas.

En el debate parlamentario y de prensa, el programa de gobierno no fue puesto en el centro de la polémica. Lo que se cuestionaba era la real intención que tenían los comunistas al plantear esos objetivos, que no era otro que captar el apoyo de la población para acceder al poder. A esto se sumaba la incapacidad de los radicales para contrarrestar su influencia, lo que hacía más peligrosa la situación. Gran parte de las acusaciones de la oposición (tanto de derecha como de izquierda) se focalizaban en atribuir una tendencia totalitaria a los comunistas, la que se expresaba en su matonaje, su actitud traicionera y conspirativa y su ambición ilimitada de poder.

De ahí que el campo de verdadera confrontación se producía en torno a los actos cotidianos de los comunistas, como su afán por alcanzar la designación de representantes en distintas instituciones, el creciente control de áreas clave en la burocracia estatal y su influencia en el movimiento sindical. Parte de esas acciones se relacionaban con el desabastecimiento y el control de precios, temas que generaban gran sensibilidad en la población, porque afectaba directamente sus vidas.

Aunque el Comisariato no estaba en manos de los comunistas, fueron estos los que le dieron la mayor vitalidad a la institución y se esforzaron por generar distintos mecanismos para facilitar la distribución de bienes de primera necesidad. Todo ello les ganó el odio de la oposición, que descalificó sus iniciativas en forma permanente, recubriendo todas sus acciones de intenciones oscuras, aviesas y torcidas.

Los comunistas utilizaron similar tipo de descalificación para enfrentar los actos de la oposición. Aunque también hubo críticas a conservadores y liberales, éstas se focalizaron particularmente y de un modo más virulento contra el sector socialista liderado por Rossetti: sus acciones eran interpretadas como intentos desesperados por recuperar el poder que habían tenido en el anterior gobierno, para así mantener sus privilegios, continuar con sus negociados y favorecer los intereses del imperialismo.

El debate estuvo lejos de sustentarse en atribuir ignorancia al adversario. Tampoco se plantearon argumentos técnicos o políticos sobre la conveniencia de una u otra política estatal, aunque, ocasionalmente, surgieron polémicas donde relucieron racionalizaciones sobre la superioridad de una y otra forma de enfrentar los distintos problemas que acechaban el país. El énfasis estuvo puesto en los atributos morales del oponente, que imposibilitaban negociar o racionalizar con él. En este enfrentamiento moral, la superioridad de unos sobre otros impedía un mínimo de tolerancia: la maldad y las oscuras intenciones cerraban espacios para el debate político.

No todos se encasillaron dentro de este estrecho marco. Hubo también espacio para el debate sobre las propuestas programáticas de los distintos sectores, que incluían transformaciones de todo tipo, para resolver los problemas más apremiantes, en el plano político, económico, social y cultural. Algunos coincidían en la necesidad de incorporar cambios, por ejemplo, en la estructura de la propiedad agraria o en el acceso de los campesinos a los derechos laborales, aunque a un ritmo más pausado o bien en un contexto de conciliación y acuerdo, sin agudizar las tensiones sociales. Cruz Coke y su sector, por ejemplo, estaban dispuestos a negociar las propuestas con los propios comunistas, porque no dudaban de sus intenciones. Dentro del campo de los comunistas también había quienes reconocían la necesidad de dar espacio para la búsqueda de aliados, con quienes podía haber diferencias, pero sin llegar a la descalificación personal.

Lo peculiar de la coyuntura que se inició a fines de 1946 fue que entonces el centro de las miradas de la oposición estuvo puesto en los comunistas, quienes por primera vez llegaban a participar en un gobierno. El nombramiento de autoridades comunistas en un escenario fuertemente polarizado agregó más dramatismo a las denuncias, sobre todo porque estos habían realizado fuertemente el componente ético en su identidad política, aunque, en rigor, la descalificación moral no era nueva como herramienta política y tampoco los comunistas la desconocían.

Al igual como ocurrió con las JAP, en tiempos de la Unidad Popular, fue en torno al abastecimiento de bienes de pri-

mera necesidad que se jugó la adhesión y las primeras formas de descontento hacia el gobierno. Curiosamente la atención historiográfica se ha concentrado en otros temas, dejando de lado aquellos que más preocuparon a la población y acapararon mayor atención mediática.

## BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes periódicas

ANEF, Santiago, 1945-1946.

Boletín de sesiones, Cámara de Diputados, 1946-1947.

Boletín de sesiones, Senado, 1946-1947.

*Diario Ilustrado, El.* Santiago, 1946-1947.

*Mercurio, El.* Santiago, 1946-1947.

*Siglo, El.* Santiago, 1946-1947.

*En Viaje.* Santiago, 1946-1947.

*Estanquero.* Santiago, 1946-1947.

*Nación, La.* Santiago, 1946-1948.

*Opinión, La.* Santiago, 1946-1947.

*Topaze,* Santiago, 1946-1947.

### Fuentes Impresas

Acevedo, Nicolás. 2015. “Un fantasma recorre el campo: Anticomunismo, sindicalización campesina y Ley de Defensa

- Permanente de la Democracia (Chile, 1946-1948)", Cuadernos de Historia 42 (Santiago): 127-151.
- Araya, Marcelo. 2016. La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la "campana del terror" de 1964. Santiago: Lom Ediciones.
- Cornejo, Tomás. 2007. "Una clase a medias. Las representaciones satíricas de los grupos medios en Topaze (1931-1970)", en Historia 40/2 (Santiago): 249-284.
- Cuordileone, K.A. 2005. *Manhood and American Political Culture in the Cold War*. New York & London: Routledge.
- Delgadillo, Salvador. 1992. "Educación y formación en el discurso obrero chileno (la Federación Obrera de Chile 1920-1925)", Tesis para optar al Grado de Licenciado en Humanidades con mención en Historia, Universidad de Chile.
- Farrell, J. P. 1986. *The National Unified School in Allende's Chile. The Role of Education in the Destruction of a Revolution*. Vancouver: University of British Columbia Press.
- Fonseca, Ricardo. 1946. *Plan inmediato de gobierno del Partido Comunista*. Santiago: Partido Comunista de Chile.
- Garay, Cristián y Ángel Soto. 2013. Gabriel González Videla, "No a los totalitarismos, ya sean rojos, pardo o amarillos". Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.
- Godoy, Eduardo. 2011. "Lucha temperante y 'amor libre'. Entre lo pro-
- meteico y lo dionisiaco: El discurso moral de los anarquistas chilenos al despuntar el siglo XX", en Cuadernos de Historia 34 (Santiago): 127-154.
- González Videla, Gabriel. 1975. *Memorias*. Santiago: Editora Nacional Gabriela Mistral, t.1.
- Góngora, Mario. 1985. "Libertad política y concepto económico de gobierno en Chile hacia 1915-1935", en Historia 20 (Santiago): 11-46.
- Henríquez, Rodrigo. 2014. En "estado sólido". Políticas y politización en la construcción estatal. Chile, 1920-1950. Santiago: Eds. Universidad Católica de Chile.
- Huneus, Cristián. 2009. *La guerra fría Chilena. Gabriel González Videla y la Ley Maldita*. Santiago: Debate.
- Merino Jarpa, Sergio. 1951. *El Comisariato y algunas de sus intervenciones*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile.
- Power, Margaret. 2008. *La mujer de derecha. El poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*. Santiago: DIBAM.
- Pozo Mayorga, Cristián. 2013. "Ocaso de la unidad obrera en Chile. Confrontación comunista-socialista y la división de la CTCH (1946-1947)", Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Universidad de Chile.
- Robin, Ron. 2001. *The Making of the Cold War Enemy. Culture and Politics*

in the Military Intellectual Complex. New Jersey: Princeton University Press.

Rojas Flores, Jorge. 2018. “Los comunistas en el gobierno de Gabriel González Videla, 1946-1947: estrategias de acción” (inédito)

Rojas Flores, Jorge. 2018. “Los funcionarios comunistas en el gobierno de González Videla, 1946-1947” (de próxima aparición en Cuadernos de Historia)

Rojas Flores, Jorge. 2018. “El funeral de Fonseca: estrategias políticas en la ilegalidad comunista, julio de 1949” (inédito).

Rojas Flores, Jorge. 2018. “Los comunistas en la oposición a Gabriel González Videla, 1947-1952: estrategias de acción” (inédito).

Salgado, Alfonso. 2016. “Exemplary Comrades: The Public and Private Life of Communists in Twentieth-Century Chile”, Thesis, Doctor of Philosophy, Columbia University.

Soto, Ángel. 1993. *El Mercurio y la difusión del pensamiento político económico liberal, 1955-1973*. Santiago: Instituto Libertad.

Talesnik Rabinovich, Gregorio. 1940. “Intervencionismo de Estado y control de precios por el mismo. Estudio especial del Comisariato General de Subsistencias y Precios”, Memoria de prueba, Universidad de Chile.

Torres Dujisin, Isabel. 2010. *El imaginario de las elites y los sectores populares. 1919-1922*. Santiago: Editorial Universitaria.

Varas, José Miguel. 1968. *Chacón*. Santiago: Imprenta Horizonte.

Vial Correa, Gonzalo. 1983. *Historia de Chile (1891-1973)*, vol. II: Triunfo y decadencia de la oligarquía (1891-1920). Santiago: Santillana.